

# Historia social e Historia cultural de las mujeres. Apuntes para un debate

Pilar Díaz Sánchez

**Universidad Autónoma de Madrid**

---

Fecha recepción 13.12.2013 | Fecha aceptación 08.01/2014

## Resumen

Este artículo hace una reflexión teórica sobre las categorías de análisis y los criterios de investigación que han primado en las últimas décadas en las investigaciones sobre la historia de las mujeres. Se señala en primer lugar la trayectoria del uso del término género y se detiene en el de la identidad para criticar la utilización del mismo resaltando como, si bien en un principio y, sobre todo, en relación a temas de creación artística, tuvo una gran utilidad, el uso abusivo del mismo y la generalización de su manejo puede resultar ineficaz. Por último plantea la dicotomía entre la historia cultural y la historia social, decantándose por la segunda como corriente capaz de retomar la visión generalista y reivindicativa del feminismo.

## Palabras clave

historia del feminismo, género, identidad, Historia cultural. Historia social.

## Abstract

This article reflects upon categories of analysis and research criteria used by studies into the History of Women in recent decades. First, the focus falls on the evolution of the use of the term 'gender' before similarly reflecting on the use of term 'identity', criticising its use. In so doing, the article highlights that; although in principle, and above all in relation to topics of artistic creation, its use was of great utility; the abusive use of the term and the generalisation of its employment may be ineffective. Finally, the article also deals with the dichotomy between Cultural and Social History, suggesting that Social History is a trend capable of defeating the generalistic and vindictive vision of Feminism.

## Key words

feminist history, gender, identity, cultural history, social history

Es difícil objetar la afirmación de que en el siglo XX los estudios de las mujeres y el feminismo han conseguido transformar de forma patente el paradigma de la historia siendo inexcusable a estas alturas abordar un análisis detallado de cualquier periodo histórico sin tener en cuenta la acción social de las mujeres. Uno de los campos que se resiste a ser abordado desde esta perspectiva totalizadora en la que se debe mover la disciplina que nos ocupa es el de la cultura, en el sentido más amplio. Aquí parece que las mujeres todavía no han conseguido el nivel de reconocimiento que les corresponde. Por un lado todavía es necesario rescatar del olvido los nombres propios de mujeres que en su momento jugaron un papel relevante en el plano cultural, y por otro se impone la incorporación de categorías de análisis en las que se explique su ausencia u ocultación

En estas páginas se reflexionará sobre las categorías de análisis, tales como el género y la identidad, denunciando su abuso y pérdida de sentido primigenio y los efectos retardatarios de su indiscriminada utilización. En especial este análisis se puede aplicar a las actividades literarias o artísticas en los que las mujeres han sido sujetos activos. Es decir, las mujeres artistas con una obra realizada de la que, en muchos casos, queda mucho por reconocer.

El desarrollo de los estudios de género y de la historia de las mujeres ha socavado desde la raíz la visión de la historia que, en líneas generales, sigue estando hegemonizada por la visión masculina. La crítica feminista ha llamado la atención sobre la construcción discursiva de la sexualidad y, por extensión, de las relaciones sociales y personales. Ha recapacitado acerca de la identidad sexual, que hasta ahora se daba por asumida naturalmente y ha mostrado la relación entre identidad, sexo, etnia y, lo más importante, ha destacado las relaciones entre las formaciones culturales y la subjetividad. Ha mostrado una enorme vitalidad que ha irrumpido con fuerza tanto en el mundo académico como en todos los espacios culturales que a partir de este momento se han abierto, sin cortapisas, a la incursión de las mujeres con un nuevo bagaje metodológico y con nuevos objetivos de investigación. Esto ha generado un renovado interés por el estudio de aspectos históricos que permiten entender desde una nueva visión las articulaciones intelectuales, sociales y políticas, que hasta este momento permanecían inalterables. Además, ha provocado un cambio en la valoración de obras artísticas y «artefactos culturales», según denominación al uso, que desplaza la visión androcéntrica y se abre a otros postulados en los que, ahora sí, cabe la obra realizada por mujeres, algo que hasta este momento solo se producía si se adecuaba estrictamente al modelo masculino imperante. Gracias a una visión más amplia de los elementos culturales, que como ya demostró Edward P. Thompson nos lleva a una visión más amplia y completa de la sociedad, se van añadiendo nuevos nombres, nuevas obras de autoría femenina, modificando o ampliando los elementos

cognitivos, los criterios estéticos y sus relaciones con el poder. De este modo se recuperan mujeres pintoras o literatas, que ensanchan no solo el elenco de artistas, sino las formas de entender el fenómeno cultural en su aspecto sociopolítico.

La escritura para las mujeres es una forma de participación social activa. Los libros escritos por mujeres son instrumentos ofensivos, ingenios culturales con un gran potencial. Los libros son una herramienta que no solo coloca el pensamiento femenino en el espacio social, y por lo tanto político, sino que modifica la esencia misma del pensamiento compartido articulando una nueva forma de entender el mundo desde una perspectiva femenina, una perspectiva antimimética<sup>1</sup>. En este sentido podemos entender que desde la praxis, la crítica feminista ha efectuado el mismo recorrido que desde los años ochenta del siglo pasado se estaba llevando a cabo desde nuevas corrientes historiográficas: el Neohistoricismo. Este movimiento que trasciende la visión limitada del postestructuralismo, retoma elementos del marxismo y abre una nueva vía para transitar hacia la comprensión de los fenómenos sociales detectando líneas de fractura o conflictos y explicando la obra de arte, no como la mera expresión de una individualidad emergente, sino de las circunstancias sociales y políticas de su creación. Esta perspectiva creemos que puede ser aplicada al estudio de la producción artística de las mujeres<sup>2</sup>.

Desde una visión que va más allá del análisis estético o de la mera consigna política, el método de estudio señalado más arriba permite estudiar el producto cultural en una continua lucha entre la permanencia y el cambio, entre el discurso emancipador y el conservador, señalando el peso de la cultura oficial y la pugna por emerger algo distinto desde la misma ansia liberadora de la subjetividad femenina, en un planteamiento epistemológico que siendo aparentemente oficial, presenta rasgos de discontinuidad que solo un análisis detallado que supere la visión de la cultura dominante, nos permite apreciar. Estos trabajos traen consigo una nueva interpretación de los productos culturales, que irremediablemente nos hará transformar la imagen de una sociedad escindida entre un grupo social hegemónico que dicta los valores culturales desde una perspectiva androcéntrica y el colectivo de mujeres que se sitúa al margen y del que hasta ahora solo reconocíamos a las figuras disidentes que marcaban la excepción<sup>3</sup>.

## **Algunas reflexiones sobre las categorías de análisis**

Las historiadoras hemos trabajado, fundamentalmente, desde la praxis, dedicándonos, en menor medida, a reflexionar acerca de nuestra investigación. Esto tiene un lado positivo

---

1. F. Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Madrid 1995.

2. J. Dollimore (et al), *Nuevo historicismo*; Madrid 1998 y C. Gallagher y S. Greenblatt, *Practicing new historicism*, Chicago, Chicago 2000.

3. En esta línea trabajan los grupos de investigación de la Profesora Cristina Segura Graíño de la Universidad Complutense de Madrid. En concreto los Seminarios sobre “La Querrela de las Mujeres” Fuentes literarias para la historia de las mujeres, de periodicidad anual desde 2009 y con trece obras publicadas en la editorial Laya hasta el año 2012.

y otro negativo. Por un lado las historiadoras hemos estado alejadas de las corrientes más mediatizadas por intereses políticos, en el sentido instrumental, no ontológico de la política. Nuestros objetivos y proyectos no se han preocupado demasiado por las identidades nacionales, por la recuperación de valores políticos dirigidos por intereses partidistas, por lo menos no tanto como en el caso de los varones. Si hemos rozado estos temas, no hemos olvidado el feminismo y el concepto universal de historia (de las mujeres) como objetivo último, por lo tanto nos hemos mantenido al margen de debates «tertulianados», es decir, dirigidos desde los medios de comunicación manejados por los poderes fácticos. Este punto de partida previo nos ha evitado caer algo menos en los vicios de visión limitada, miope y localista, imperante en buena parte de la historiografía contemporánea que ocupa más a nuestros compañeros varones. Por otro lado hemos dejado en un segundo plano la revisión teórica y metodológica y el debate consecuente, preocupadas sin duda más por investigaciones aplicadas a sujetos y acontecimientos concretos. Aunque hay que decir que tras la irrupción de la categoría de género como análisis histórico, con el bagaje de giro lingüístico que llevaba en las alforjas y con una aprobación casi unánime del concepto, sin apenas crítica, nos hemos metido en un callejón sin salida. La utilización mecánica del «género» como categoría analítica social, aplicada en muchos casos como una plantilla, ha producido unos efectos que sin duda no se preveían en un principio. El peor de todos, a mi modo de ver, es la pérdida potencial reivindicativa, revolucionaria o transformadora, de un cambio sistémico, acomodándose cada vez más a una mera explicación dentro de un narrativismo tardío que ha desembocado en el triunfo de la experiencia y el trauma, en los márgenes de la historia social y echándonos en brazos del posmodernismo indulgente. Además la unanimidad con que se adoptó el término provocó una visión unitaria, tan uniforme y común que hacía difícil cuestionar su utilización.

Además hemos pecado al caer en lugares comunes que conviene replantear. Las historiadoras, como los historiadores, hacemos historia, no justicia. En España y durante los últimos años hemos criticado hasta la saciedad la misoginia de la dictadura franquista, algo fundamental y conocidos de todos, denunciando y caricaturizando su política en relación a las mujeres, siempre de forma descriptiva y prolija, buscando la empatía, más que en el análisis en profundidad de sus causas y consecuencias, en vez de sacar conclusiones para el momento presente y presionar políticamente para que se llevaran a cabo reformas legislativas tendentes a la igualdad real, efectiva, estructural, como podría ser la equiparación de salarios hombres/mujeres o legislar para que los colectivos laborales ocupados por mujeres dejaran de ser subsidiarios de los varones.

Sin embargo, hay que volver a plantearse la necesidad de perseverar en el interés epistémico de la historia que tiene como protagonistas a grandes grupos marginados. Por todo ello, adentradas ya en el nuevo siglo, conviene hacer una revisión de los caminos transitados para analizar con vocación crítica las posibles desviaciones de nuestros principales objetivos.

Se debería aprovechar el camino recorrido en cuanto a la focalización de la subjetividad e identidad colectiva como instrumento de conformación social, para construir una historia general en la que cupieran todas las especificidades posibles. Una vuelta a la historia que busca explicaciones generalistas y que proyecte un futuro de cambio de sistema. Tony Judt lo ha planteado al formularlo del siguiente modo: «¿cómo es posible que lleguemos a represen-

tarnos con familiaridad los desastres ecológicos y la destrucción del planeta y veamos como una utopía la transformación del sistema económico en el que estamos inmersos?». La crisis económica actual es la más profunda que ha habido hasta ahora y pocas son las voces que gritan: «Se llama capitalismo, imbécil». Si utilizo este ejemplo es porque creo que el feminismo debería tener algo que decir en este sentido como movimiento universal y de vocación transformadora, aún cuando haya mucho oportunismo de partido o interés de progresión académica. Esto último es lo que ha permitido la esclerotización del feminismo, perdiendo el horizonte de utopía que venía defendiendo y que hace que en los últimos años una parte de jóvenes vayan alejándose de la práctica feminista tal y como ha venido entendiéndose hasta ahora, denunciando su escasa voluntad de compromiso revolucionario<sup>4</sup>.

La crisis del feminismo es la crisis de la filosofía de los últimos treinta años. Si en ésta no se encuentra un modelo a seguir y el ideal de progreso ha quedado superado tras la *soah*, como afirmaron ya hace décadas los filósofos de la Escuela de Frankfurt, ahora es necesario encontrar un camino. El feminismo lleva décadas analizando hasta la saciedad cómo somos las mujeres, su identidad y representación, ¿pero cuál es el modelo a seguir? ¿Hacia dónde va el feminismo? Somos capaces de analizar, criticar y denunciar el machismo y la homofobia en épocas pasadas, pero en el presente ¿alguien es capaz de plantear una sociedad igualitaria, sin diferencias sexuales? ¿Dónde están estos proyectos? Solo un horizonte ideal nos llevará a un futuro de progreso y solo la teoría y la acción nos marcará el camino.

## **Estado de la cuestión. Usos y abusos de los conceptos: género e identidad**

Los trabajos que se han venido realizando en relación a la historia de las mujeres en general, y en los específicos de literatura y arte en los últimos años, en su mayoría están trufados de estos dos conceptos que están presentes en la mayoría de los títulos de las obras a tratar. Si bien en las últimas décadas ha habido un número muy extenso de publicaciones en relación a la creación literaria de mujeres, que han conseguido avanzar de forma notable en la especificidad de la autoría femenina<sup>5</sup>. Merece destacarse la labor de Pilar Nieva de la Paz y Francisca Vilches de Frutos en torno al Grupo de Estudios

---

4. La artista islandesa Björk, una mujer que ha conseguido un reconocimiento unánime como resultado de una carrera rompedora y transgresora se reconoce “feminista anti-feminista” ya que no se ve representada con el feminismo que denuncia y se lamenta la situación de las mujeres, ella dice que hay que pasar a la acción y los movimientos feministas se quedan en el estadio anterior. Es significativo cómo una corriente de jóvenes en esta misma línea comienza a manifestar su disconformidad con el feminismo clásico y busca nuevas vías de participación social. Entrevista de Wintter Oyster, 1995. <http://w.w.w.old.bjork.com/facts/about/>. También se puede consultar la tesis de Estíbaliz Pérez Asperilla, *Björk: La revolución de la diosa*.

5. Merece la pena también destacar los trabajos de Pura Fernández, Investigadora Científica del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) en una línea abierta y novedosa encaminada a estudiar la relación de las mujeres con el mundo de la escritura, más allá de los planteamientos tradicionales de recuperación de casos. Cabe destacar *Mujer pública y vida privada. Del arte eunuco a la novela lupanaria*, Woodbridge 2008 o *La mujer de letras o la «letraherida»*. *Textos y*

de Género en Industrias Culturales y Artes Escénicas, en donde desde una perspectiva feminista desde 2006 investigan la representación de los modelos de identidad femenina y masculina en las producciones teatrales de autores y autoras y en los trabajos de dramaturgia y dirección, atenta a la representación de estereotipos<sup>6</sup>.

El concepto de género acuñado por Joan Scott<sup>7</sup> tuvo la virtud de hacernos reflexionar sobre la construcción de categorías sociales usadas con valor universal, pero su uso desmedido hace necesaria una contextualización y revisión crítica. Era necesario seguir avanzando y dotarse de nuevas herramientas, pero debemos evitar el peligro de romper con todo lo anterior, ser cautas al firmar, por ejemplo que «los conceptos y los métodos que habían venido dando forma a los trabajos de investigación mostraban ya síntomas de agotamiento»<sup>8</sup>; este argumento, que venía a justificar la ruptura con los modelos anteriores, llevado al extremo produjo un vacío heurístico que no ha sido sustituido; hemos tirado el agua de la bañera, pero con el niño dentro. La propia Joan Scott avisó ya en la década de los noventa de los abusos del término género y las desviaciones en su utilización y existen suficientes publicaciones como para no incidir en ello<sup>9</sup>.

En cuanto al concepto de identidad, también debemos denunciar el abuso desmedido de este concepto hasta el punto de viciar los objetivos de estudio y tergiversar la finalidad de nuestro proyecto investigador, que no debe ser otro que contribuir a realizar una historia total de hombres y mujeres insertos en unas coordenadas espaciotemporales.

La proliferación actual del uso del término «identidad» en el campo de los saberes histórico-sociológicos (identidad cultural, identidad de género, identidades indígenas, etc.) no suele ir acompañada de un análisis, aunque sea somero, de la idea misma. Idea ésta de «identidad» que, por cierto, se resiste a la simplificación al abarcar su uso a lo largo de la historia del pensamiento territorios tan heterogéneos como el lógico-matemático, el teológico, el ontológico, el metafísico o el psicológico. Su amplio recorrido muestra que más que simple es una idea extraordinariamente confusa. Por ejemplo, cuando se incluye en un sintagma tan común y aporético como «documento nacional de identidad» apunta por una parte a «quién» es el portador de tal documento: la persona, con sus rasgos, datos, etc. Pero la mul-

---

*representaciones del discurso médico-social y cultural sobre la mujer de letras en el siglo XIX*, Madrid 2008 (dirigido junto a Marie- Linda Ortega).

6. También son responsables de la Asociación Red Transversal de Estudios de Género en Ciencias humanas, sociales y jurídicas –GENET–.

7. Originalmente, este artículo fue publicado en inglés como “Gender: A Useful Category of Historical Analysis” en *American Historical review*, 91,1986, pp. 1053-1075 y en España en J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, 1990.

8. N. Aresti, «La categoría de género en la obra de Joan Scott» en C. Borderías (ed), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Actas de AEIHM, Barcelona 2006, p. 224.

9. C. Borderías (ed), *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona 2006. J. Scott «El eco de fantasía: La historia y la construcción de la identidad» publicado en *Critical Inquiry* (Universidad de Chicago), vol. 27, No. 2. (Invierno, 2001) , pp. 284-304. <http://links.jstor.org/sici?sici=0093->, Y la entrevista publicada en *Labrys* n° 18, 2010. <http://e-groups.unb.br/ih/his/gefem/>. Traducción del inglés por Mónica Lezama para HW con la autorización de Joan Scott, Tania Navarro-Swain y Labrys.

tipicidad misma de la información contenida en él (quiénes son sus padres, su lugar y fecha de nacimiento, su nacionalidad...) vienen como a desmentir su identidad como unidad, el principio mismo de identidad formulado en sentido estricto. Partiendo de esta sencilla consideración no es difícil dar un salto para plantar el debate en contextos que muestran algo del amplio espectro de cuestiones que han surgido en torno a la idea. La idea límite teológica de identidad, vagamente expresada en la posición individualista, alcanza su expresión más conocida en la frase «yo soy el que soy» (*Ego sum qui sum*) de la Biblia. Así Adorno, por ejemplo, afirma que «todo pensamiento de identidad es idealismo».

Cuando la idea de identidad pasa de operar en un plano lógico u ontológico a hacerlo en los campos de las ciencias sociales (historia, sociología, antropología) adquiere modulaciones nuevas pero no por ello deja tras de sí completamente el complejo de problemas que acarrea. Podría entenderse como una proyección que sigue el patrón de las metáforas que trasladan lo singular a lo múltiple (una totalidad), como el entendimiento agente de Averroes, el subconsciente colectivo de Jung, o el cuerpo místico de Cristo.

Aunque la relación de identidad no tenga que ir asociada inevitablemente a lo singular, hay identidad de clases  $A=A$ , la clase de los solteros coincide con la de los no casados, en sintagmas tales como «identidad andaluza», «identidad femenina», es decir, los usuales en las ciencias sociales, aparecen como marcadas más por la autorreferencialidad, por el *autos*, la mismidad que apunta a una unidad sustancial o esencial, que a la adecuación, la superposición. Ocurre como si en la expresión «identidad» de los sintagmas mencionados se tendiera a subrayar más la diferencia que la igualdad. Pesan más los rasgos distintivos, los «hechos diferenciales», que las similitudes. Ahora bien, este predominio del *autos*, cuando se trata de realidades sociales (totalidades, colectividades) aparece sin embargo bloqueado en cuanto a la posibilidad de una ontologización absoluta de tipo eleático, debido a la imposibilidad de postular para tales identidades tanto una unidad simple no compleja, como la ausencia de transformaciones (de génesis, de movimiento).

Distinguimos sin entrar en otras matizaciones entre las partes del «todo complejo» de cada identidad cultural dos grupos de elementos; uno teñido de psicologismo (hábitos, creencias, ideas) otro más objetivo (artefactos, bienes). El primero que vendría a corresponder con la *cultura animi*, el segundo con los materiales externos a los sujetos corpóreos (de los que se ocupan los arqueólogos).

La comparación parte a parte, elemento a elemento, de las identidades culturales de género, adquiere un tono valorativo, reivindicativo, combativo, al autoafirmarse como identidad las totalidades de referencia. Y aunque como ya se ha señalado sea difícil llevar al límite la sustancialización, la ontologización de esas identidades (a no ser que se defiendan desde un craso biologismo el carácter intemporal de una raza que la dota de una identidad precisa, o, desde un punto de vista teológico, de una etnia, la judía, como pueblo elegido, o cosas de este tipo), gran parte de la utilización de los sintagmas asociados al término identidad, tan en boga, con un claro componente ideológico, en la mayoría de los casos funcionan como estrategias de defensa y ataque en conflictos entre distintos grupos humanos, hace que el

conjunto de identidades flote como unidades aisladas inconmensurables entre sí, cada una valiosa por sí misma y digna de ser «conservada» por el hecho mismo de su esencia única<sup>10</sup>.

Para la construcción de una idea de identidad cultural, étnica, etc., que sea objetiva y escape del mero relativismo voluntarista, habrá de tenerse en cuenta que ésta debe ser siempre construida como una idea compleja, una identidad sintética y dinámica, resultado de distintas y múltiples concatenaciones causales entre grupos humanos enclavados y entre estos y el entorno ecológico en el que desarrollan sus actividades. Hablar de elementos identitarios propios, estables y atemporales, nos devuelve a un horizonte idealista de postulados políticos ya superados. En definitiva la identidad nos remite a una imagen estática y la imagen, hoy en día tan revalorizada y sobrevalorada, tiende a desplazar a la ideología. Lo que se representa no se explica, se impone.

Género e identidad son dos conceptos que han cumplido un ciclo pero cuyo abuso está provocando convertir a los estudios de mujeres en un bucle que no encuentra salida, no tiene horizonte. En definitiva, estamos cuestionando la afirmación de que ambos conceptos «hayan superado otros planteamientos genéricos y totalizadores».

### **¿Historia cultural o historia social?: alternativa o complementariedad**

Del análisis de la producción histórica sobre los estudios de literatura y arte, podemos constatar que se ha avanzado mucho en los estudios de las élites artísticas e intelectuales, en detrimento de una historia social de las mujeres que comprenda otros sectores sociales menos favorecidos y que se sume a la historia social elaborada hasta ahora con un sesgo claramente masculino.

Es necesario, pues, pararse a reflexionar sobre la pérdida de terreno de la historia social, que claramente ha sido desplazada de un zarpazo por la historia cultural, y en este desplazamiento la historia feminista ha jugado un papel importante<sup>11</sup>. Estamos de acuerdo con Frederic Jameson cuando afirma que: «En cualquier caso, la derecha parece haber comprendido que el proyecto y el eslogan de los “estudios culturales” (más allá de lo que esto signifique) constituyen un objetivo fundamental de su campaña y virtualmente un sinónimo de “lo políticamente correcto”»<sup>12</sup>.

En las últimas décadas han ido ralentizándose las publicaciones de historia de las mujeres dentro de este amplio nicho que llamábamos historia social, y sin embargo han conocido

---

10. Para los estudios de identidad y sexo en la década de los noventa en estrecha relación con la tercera ola del feminismo debemos citar los trabajos de Judith Butler, en concreto *El Género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad*, Madrid 2007.

11. Sobre este tema se habló en V Seminario Internacional de la AEIHM Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres Historia y Feminismo. *¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico* (26-27 de septiembre de 2013) Mesa Redonda: Vidas contadas. Biografía e Historia Oral. Pilar Díaz Sánchez “Testimonios de vida: relaciones familiares y genealogías femeninas”.

12. F. Jameson y Z. Slavoj, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires 1998, p. 69.

un gran impulso los estudios culturales, entendiéndolo por ello, aquellos que ponen su foco en la subjetividad e identidad de las mujeres, despreciando por obsoleto las cuestiones materialistas de la organización social.

Sin embargo una vez más debemos cuestionar la carga de significantes de determinados conceptos y repensar la idea de que lo subjetivo, en última instancia, es objetivo; es decir, es necesario estudiar y entender cuanto de objetivo hay en la subjetividad femenina. De nuevo acortar distancia entre la subjetividad y los nexos sociales que determinan su construcción y buscar apoyo en los grupos o clases sociales de donde provienen. El pensador Grüner afirma que los estudios culturales renuncian a conceptos como el de clase a favor de los particularismos culturales de etnias o de género<sup>13</sup>. En efecto los estudios culturales se desentienden de una visión totalizadora enfatizando los estudios multiculturales en los que el sistema económico no tiene apenas relevancia; la sobreabundancia de estudios culturales en la historia de las mujeres se ha dejado sentir en este sentido y se puede decir que en los últimos años ha habido cierto retroceso de estudios generalistas en detrimento de la vertiente estrictamente cultural.

Así mismo el análisis de la construcción de género nos remite a la instrumentalización del lenguaje, entendido éste como un discurso construido, y a la categorización de la subjetividad en la cimentación de los conceptos usados socialmente; en definitiva, una pugna entre la realidad y la representación<sup>14</sup>. El argumento que subyace en este planteamiento es que una vez aceptado que la objetivación de la realidad es una quimera y que todo remite a la subjetividad del individuo, no tiene sentido la historia social. Una vuelta a la historia social cuyo eje es una realidad objetiva y que incorporara a las mujeres en su discurso, abriría nuevos campos de estudio y nuevas líneas interpretativas<sup>15</sup>.

Si en un principio el interés de los estudios feministas ha ido en la dirección de analizar el papel que la mujer ha desempeñado en los procesos sociales basados en la especificidad del término “mujer” como una realidad única e inmutable, a partir de la segunda ola del feminismo se produjo un cambio de rumbo hacia la participación de las mujeres como una pluralidad de situaciones y realidades distintas. De este modo en los inicios de los estudios que nos

---

13. *Ibidem*

14. «Efectivamente los estudios culturales fueron percibidos como un espacio de alianzas de este tipo (si no exactamente un movimiento en el sentido gramsciano; a menos que se entiendan sus ambiciones académicas alcanzar el reconocimiento y la aprobación institucionales, la efectividad en los cargos, la protección de los departamentos tradicionales y de la nueva derecha- como una política, en realidad la única política específica de los estudios culturales). por eso se la da bienvenida tanto al feminismo como a la política de los negros, al movimiento gay, a los estudios chicanos, a los grupos de estudios “poscoloniales” cada vez más frecuente, a aficionados más tradicionales- como los de las diversas cultural populares y de masas (que pueden ser considerados, en la academia tradicional, como una minoría estigmatizada y perseguida)- y a los distintos séquitos marxistas (en su mayoría extranjeros)» Jameson y Zizek, *opus cit.* pp. 85,86.

15. Sin embargo ha habido trabajos que no han dejado nunca de moverse en el terreno de la historia social. Pongo por ejemplo solo los trabajos de Ana Aguado, Pilar Pérez Fuentes y otras. Ver D. Ramos, «La historia social un espacio de encuentro entre género y clase», Ayer 1995.

ocupan, se produjo una recuperación de distintas mujeres con su experiencia individual en diferentes materias, lugares o periodos históricos. Así se recobraron las biografías y la obra de mujeres en distintos campos científicos y culturales. En relación a las humanidades, cada vez son más los nombres de mujeres que han ido apareciendo e incorporándose, con más o menos reticencias, al elenco de personalidades reconocidas por la Academia.

En este camino se está provocando una polémica que invita a la reflexión y que pone de manifiesto una vez más, como la práctica de la historia de las mujeres y la investigación feminista, contribuye a la revisión crítica de los paradigmas científicos. Aquí también, existe el peligro de utilizar categorías de análisis ahistóricas a la hora de llevar a cabo la tarea de estudiar la obra realizada por mujeres. En muchas ocasiones se impone la valoración de las mismas, desde una óptica presentista, es decir desde las categorías de análisis del presente, sin tener en cuenta la experiencia de una vida en un determinado contexto histórico. El presentismo, sobre todo en España en ésta y en otros campos de la historiografía reciente, impregna la historia de las mujeres aspirando a «hacer justicia a las mujeres» desde la perspectiva actual. En toda investigación histórica, que se precie de tener un rigor científico, es necesario partir de una tesis, intentar demostrar una teoría aportando datos y justificando científicamente aquello que se pretende demostrar, pero no forzando la investigación con una misión redentora o mesiánica de la historia restituyendo a las mujeres «en el lugar que les corresponde». Si las mujeres no estaban reflejadas en tal o cual obra, la misión de las historiadoras actuales es explicar por qué no están, publicar *adendas*, reescribir la historia a la luz de nuevas investigaciones, pero no corregir lo que ya se hizo, modificar lo que ya ha tenido lugar. Es ridículo escribir el cuento de Caperucita haciendo del mismo un refrito feminista, el cuento es el que es y hay que explicar por qué es así y escribir cuentos hoy que no reproduzcan ese sesgo, pero no modificar el anterior porque esto sería alterar fraudulentamente la literatura infantil.

Otra de los postulados en los que la producción histórica cae con frecuencia es el del victimismo y el exceso de subjetividad. En las últimas décadas, sobre todo a través de la historiografía norteamericana, se pone un gran énfasis en la victimización del individuo. Es interesante el análisis que sobre este tema hace de forma convincente Robert Hughes en *La cultura de la queja* (1995). La victimización lleva implícita la infantilización y una renuncia, aunque no deliberada, a la igualdad. El feminismo debe procurar la reivindicación de la igualdad desde un trato igualitario. Reivindicar el carácter frágil o infantil de las mujeres, es aceptar la debilidad. La idea compartida por una parte del feminismo de que el acto sexual en sí, supone una violación puesto que el cuerpo de la mujer es penetrado sin posibilidades de que se actúe de forma recíproca, es incidir en el hecho de la diferenciación y el victimismo.

En esta misma línea se debe abordar el tema del subjetivismo, los estudios de mujeres bajo el foco continuo del subjetivismo. Hughes cita a Goethe hablando con Eckermann: «Las épocas regresivas y en proceso de disolución son siempre subjetivas, mientras que en las épocas progresivas se impulsa lo objetivo.... Cada logro realmente válido sale desde dentro hacia el mundo, como puede verse en las grandes épocas que fueron sinceras en el progreso y las aspiraciones, todas las cuales fueron de naturaleza objetiva»<sup>16</sup>.

---

16. R. Hughes, *La cultura de la queja*, Barcelona 1995, p. 21.

De este modo toda la política en relación a la protección de las mujeres tiene este sesgo paliativo, garantista, compensatorio, cuando lo que se impone son políticas de inyección, impositivas, generadoras de un nuevo proyecto vital, no reparador del existente, una táctica que ha demostrado ser obsoleta e ineficaz.

De forma mimética se tiende a valorar la actuación o la obra de las mujeres, desde una escala androcéntrica y, por otro lado, de resaltar más los déficits, que los avances que en un determinado periodo histórico, deben ser necesariamente limitados. Es importante recurrir a las genealogías femeninas para encontrar líneas de actuación que nos permitan estudiar los procesos de cambio desde la perspectiva de las mujeres. Esta práctica está comenzando a revalorizarse a partir de la primera década del siglo XXI cuando, desde el ámbito académico, se están llevando a cabo estudios en los que se reconoce que la actuación social-cultural de las mujeres no siempre es el producto de la excepcionalidad, sino que arranca de una trayectoria que conviene resaltar. Sin duda el énfasis puesto en el análisis de la identidad particular es en buena medida responsable de este olvido.

Para concluir proponemos una nueva línea de investigación de estudios artísticos de las mujeres que tenga en cuenta la revisión crítica realizada más arriba. Una investigación que recoja la presencia de las mujeres en la historia del arte no solo nos aportaría información sobre autoras olvidadas, sino que contribuiría a reconceptualizar en algunos aspectos la experiencia personal del artista, sea hombre o mujer. Nos ayudaría a entender otros lenguajes, otros recursos, nuevas formas de expresión, que hasta ahora estaban centradas en la experiencia femenina, porque si bien es cierto que no hay un arte femenino, si lo es que hay distintas miradas y distintas formas de entender el mundo del arte. Es definitiva haríamos historia desde una interdisciplinaridad diversificando las fuentes.

Se van recuperando cada vez más nombres de escritoras, y aún más de pintoras, que hace necesario un nuevo planteamiento a la luz, no tanto de los valores estéticos o artísticos, sino de la actividad creadora de las mujeres y los gustos e intereses de las artistas. El estudio de las pintoras o escultoras, serviría para aunar los intereses de una historia social y cultural, a la vez que nos mostraría la construcción del gusto de las mujeres y su forma de representar el mundo a través de la subjetividad femenina. Sería el modo de aunar en un mismo trabajo los intereses recogidos más arriba con la historia social de las mujeres, todavía sin concluir.